

***Biblioteca Popular Por caminos de libros: una experiencia***

**María Inés Gómez Gallo**

**Texto leído en el Panel “La literatura, hogar sin fronteras” del Encuentro Docente en el Filbíta 2016.**

La biblioteca *Por caminos de libros* está situada en un barrio nacido de un desplazamiento: el barrio Ramón Carrillo fue creado para dar vivienda a las familias que ocupaban el Albergue Warnes. Aquel edificio pensado para ser un hospital de pediatría y que, proscripto el peronismo que lo proyectó, quedó inconcluso, fue ocupado con el tiempo por más de dos mil personas y terminó siendo implosionado en 1990. Podría decirse que es una migración poco significativa en distancias: de un barrio a otro de la misma ciudad. Pero si ya “ser del Warnes” era una carta de presentación compleja en Paternal, la resistencia de los vecinos de Soldati a recibirlos en su territorio, marcó también un comienzo difícil.

El crecimiento poblacional del barrio Ramón Carrillo fue intenso, la población del barrio ha crecido enormemente. Las familias crecieron. Pero a la vez, gran parte de los “nuevos vecinos” fue llegando de provincias del interior del país (Chaco, Santiago del Estero, Misiones, Tucumán, entre otras) y de países vecinos: Bolivia y Paraguay, en mayor medida.

Las migraciones, aunque en general sean de un país a otro o de las provincias hacia la capital, también pueden ser de un barrio a otro, del barrio a un asentamiento (por estas cuestiones de la “movilidad social descendente”), de casa en casa, de una casa a un rancho, de un rancho a un parador...todo a pocos kilómetros de distancia, a veces a unos metros, pero que siempre implican tremendos viajes internos en las personas.

Porque puede un mismo lugar quedar cerca y lejos al mismo tiempo. A veces, desde lugares cercanos a la biblioteca, para llegar, hay que cruzar diferentes territorios con ciertos límites concretos, pero sobre todo simbólicos: dónde termina el barrio Carrillo y empieza la villa- como si se tratara de lugares mucho más diferenciados de lo que son en su dinámica social-, cuál es la manzana peligrosa, la esquina complicada. Todo esto, en unas pocas hectáreas donde caben varios mundos.

Ni hablar de que muchas personas se mueven como extranjeros en cualquier parte por cuestiones de exclusión social. Nada parece pertenecerles, entonces son extranjeros en todos lados.

Respecto de esas migraciones, de esos movimientos, sea cual sea la medida convencional de la distancia recorrida, no nos toca ver todo lo que se moviliza en las partidas, pero tenemos oportunidad de ser parte de la llegada.

Así como son parte de la llegada las terminales, las oficinas. ¡Qué lindo sería que cualquier migrante del mundo que pudiera “hacer pie” en una biblioteca apenas llegue a donde quiera que sea que llegue!

Buenos Aires puede ser más hostil que acogedora para el que no viene de vacaciones sino a seguir construyéndose la vida. Llegar implica entramarse a la fuerza en una sociedad que no siempre da la bienvenida. Debe ser agotador buscarse un espacio, resistir algunos malos tratos, desarticular las representaciones acerca de lo que pareciera corresponder a “pagar un

derecho de piso”, identificarse como sujetos de derecho más que como “recibidores de favores”.

Por eso mismo procuramos que la llegada a la biblioteca tenga algo de remanso. Que el que llega pueda descansar un poco de las presentaciones que tiene que hacer buscando trabajo, vacante en la escuela para los hijos, turnos en hospitales; que los demás, que muchos Otros verifiquen "si tienen en regla sus papeles de pobre", como dice Serrat en su canción. La biblioteca puede ser un lugar de bienvenida entre tanto trámite, un espacio fácilmente habitable entre los nuevos circuitos que transitan los que llegan.

¿Cómo lo intentamos?

Procuramos que la puerta de entrada a la biblioteca sea bien ancha, sin escalones.

- Dando una bienvenida explícita (hay que ver el impacto que tiene en los paraguayos que nuestro compañero Raúl los salude en Guaraní y se deje corregir en su pronunciación inexacta).
- Usando las palabras “bienvenidos a la biblioteca”. Algo tan simple. Que la palabra “bienvenidos” sea dicha con sinceridad, sea oída claramente, sin que se pida nada a cambio.
- Otorgando un tiempo especial para las primeras conversaciones de presentación, dejando en segundo plano las preguntas administrativas para abrir el diálogo en otras direcciones: cómo han llegado, desde dónde, cómo es ese lugar, cuál era el paisaje, quiénes quedaron, si la lengua madre es otra diferente del castellano. Y también si conocen otras bibliotecas, si han traído algún libro. Por supuesto que no así, no todo junto, no como una entrevista. La construcción del vínculo es muy artesanal. A veces los silencios son muy espesos y las palabras tardan en aparecer. Pero no hay apuro.
- Despejando la burocracia de las posibilidades de participar de la biblioteca. Claro que necesitamos identificar algunos datos como la dirección y el teléfono, por ejemplo, para participar del préstamo. Pero sabemos que no siempre la llegada al barrio significa que la situación habitacional esté resuelta. A veces las direcciones que se dan son “prestadas” o cambian con frecuencia, o las personas tardan en aprendérselas. Intentamos que estas cosas no obturen la participación. La posibilidad de participar de la biblioteca es inmediata. Después vemos cómo nos arreglamos con lo demás.

Por otra parte, más allá de lo que podamos decir con las palabras, procuramos que la biblioteca hable a su modo. Muchos de los mensajes más contundentes no están hechos de palabras, no están escritos en carteles, mucho menos en reglamentos, sino que subyacen en la selección de los libros, en la manera que están dispuestos, en la actitud de los docentes y mediadores de lectura.

No puedo saber con certeza, con exactitud cómo son percibidos estos mensajes. Pero si tuviera que traducirlos a palabras serían algo así como *estos libros son para ustedes. Los mejores que pudimos adquirir. Al alcance de la mano* (es pura estantería abierta). *No hace falta pedir permiso para llegar a ellos* (aunque a algunas personas les lleva un tiempo

acostumbrarse a eso. Cada uno viene de un recorrido particular, de una relación singular con los libros).

*Y los libros se prestan. Porque confiamos en los que se los llevan. Y porque esperamos que vuelvan-personas y libros-. Deseamos que vuelvan.* Una combinación de compromiso con confianza para empezar a construir un vínculo.

Se pierden libros, es cierto. Pero es indiscutible lo que se gana en la apuesta.

La gratuidad de las lecturas compartidas también nos parece muy importante. Más allá de las lecturas que se hacen para resolver tareas escolares, defendemos el espacio de las lecturas del tiempo libre, de la elección, del porque sí. En ese caso los mediadores no pedimos que rindan cuentas de si leyeron o no, o cómo, o con quién, ni qué entendieron. En tal caso, estamos disponibles y atentos para compartir lo que se desee compartir al respecto. Y, sobre todo, siempre dispuestos a poner el cuerpo, la voz, el oído, a la lectura compartida (¡Así andamos de atrasados con los procesos técnicos!).

Tratamos de que cada uno tenga mucho margen para las búsquedas personales, pero sabemos que, a la vez, estar “entre otros” estimula desde lo colectivo. Leemos en voz alta. Es una manera de presentar los libros. Los chicos estiran la mano, toman un libro y nos lo alcanzan. Y piden leer juntos. Y nos prestamos al “triángulo amoroso” como dice Yolanda Reyes, entre el que lee, el libro y el que escucha. Es lindo cuando esa escena de dos con un libro se va agrandando y del triángulo amoroso pasamos al pentágono, al octógono... al montón amoroso en torno a un libro.

Cuando reparo en que todo esto que digo, corresponde a cualquier persona que llega a la biblioteca, sea o no inmigrante, pienso que tal vez allí esté la clave. A veces, hace falta diseñar acciones más específicas, planificar el trabajo acerca de las migraciones como un contenido determinado con actividades determinadas, o no. O la bienvenida y la invitación a entramarse en una comunidad de lectores se da justamente así, fluyendo en la participación misma y esa es una situación de genuina integración, viviendo la igualdad en la diversidad, igual de oportunidades entre nosotros, felizmente diversos.

A la vez, podemos identificar algo de lo que pasa con los inmigrantes particularmente: la multiplicidad de escenas de lectura que se dan cotidianamente en el marco de la biblioteca genera intercambios muy valiosos, en los que tenemos la oportunidad de compartir la experiencia cultural de los inmigrantes, su equipaje cultural, lo que traen puesto en la memoria, en el alma.

Y –siendo la discriminación hacia los inmigrantes uno de los problemas que nos toca atender en la tarea cotidiana– considero que esta acción de hacer una valoración explícita del enriquecimiento que el encuentro genera, puede ayudar a desarticular prejuicios.

Aprovechamos, por ejemplo, las consignas de algunas tareas escolares para que algo más allá de la misma consigna suceda.

Como cuando a partir de la búsqueda de la biografía de Manuela Garandillas, mujer boliviana que entregó su vida a la lucha por la independencia, organizó a un grupo de mujeres que batallaron contra el ejército realista y en su honor se determinó el día de la madre boliviana.

Esa búsqueda de información nos aportó algo que no sabíamos. Y el descubrimiento fue compartido en voz alta con los que estaban ocasionalmente en la sala. Entre ellos una joven paraguaya, que no sabía a qué correspondía la fecha del día de la madre paraguaya, pero lo buscó y lo compartió...y eso me recordó un poema en guaraní que ganó un concurso internacional que le pedí que nos lo leyera en guaraní y sonó tan hermoso en su voz, que en ese preciso momento cruzamos el patio, subimos a Radio Integración y lo grabamos.

Y todo eso no surgió de una planificación, no era una clase ni un taller, sino esas situaciones que se van construyendo en el intercambio cuando estamos atentos para aprovecharlas y ayudamos a hilvanar lo que sucede. Lo que es diferente de la pura improvisación. En tal caso, hay un marco con una postura ideológica y pedagógica bien definida, desde la que sí podemos movernos con soltura. Pero justamente porque sabemos dónde estamos parados.

Comparto para terminar tres escenas acerca de los viajes literarios que sucedieron en el último tiempo en nuestra biblioteca:

### **Paraguay en la sala de la biblio.**

El último viernes de cada mes, hacemos una Merienda entre libros. Un espacio para adultos en el que compartimos lecturas, conversaciones, narraciones...

El día que vino Marco Flecha, el narrador paraguayo invitado por nuestra compañera de meriendas Claudia Stella, sucedió algo fantástico. Por definición fantástico. Porque cuando él empezó a contar rodeado de vecinos paraguayos que fueron especialmente a encontrarse con su compatriota, se generó como otra dimensión en la sala de la biblioteca. Parecían estar en su tierra, eran “locales” por un rato; los demás, los argentinos fuimos los Otros, los visitantes. ¡Y nos dio un gusto!

### **EL libro propio**

Gladys, vino de Bolivia para ser costurera (No hace falta aclarar cuáles son las condiciones laborales de los costureros en los talleres de la ciudad). Pero está estudiando informática. Empezó a participar con más frecuencia de la biblioteca cuando el maestro de uno de sus hijos la invitó a que fuera un día a encontrarse con ese grado, para compartir lo que ella quisiera compartir con los chicos. Varios días estuvimos en la biblioteca buscando libros, se fue llevando muchos prestados. Muchos. Fue una linda oportunidad para sumergirnos juntas en los libros de literatura infantil. Sin embargo, cada vez que parecía que habíamos encontrado el libro indicado, algo hacía que Gladys prefiriera seguir buscando. Varias veces sucedió esto. Cuando ya faltaba muy poco para la fecha del encuentro, en una de nuestras conversaciones surgió la pregunta acerca de los libros de su infancia, si alguno de ellos había viajado con ella. Libros no, pero sí su cuaderno de aymara. Si lo vieran...es un tesoro. Entre los ejercicios del idioma había palabras, dibujos, canciones que ella recordaba. ¡Ese era EL libro indicado! SU libro, el escrito por ella. Así que terminó armando un minilibro como los que solemos hacer con papel plegado en la biblioteca, para regalarles a los chicos.

Tal vez hizo falta que Gladys buscara entre muchos libros primero, entre libros de autores “importantes”, entre libros verdaderamente llamativos, para terminar encontrando el suyo de la manera que lo hizo y ponerlo en el lugar de importancia en el que va.

## ¿Celadora? ¡Mediadora de lectura!

Otro de los más significativos ejemplos, no habla de recién llegados sino de una inmigrante con muchos años ya en el país, pero que a partir de un libro volvió a hablar de su tierra natal. Porque las lecturas compartidas se vuelven oportunidades de abrir diálogos.

Así pasó con Vicky, vecina de las primeras en el barrio, que este marzo pasado abrió una puerta de esas blindadas al recuerdo, a partir de la lectura que compartimos de *Mañana viene mi tío* (un libro de Sebastián Santana, álbum de trazo muy simple y muy breves palabras, referido a la espera del que no vuelve, a causa de la dictadura). Hace años la conocemos a Vicky. Terminó la primaria haciendo Alfabetización de adultos en el Centro Educativo y la secundaria de adultos en una escuela cercana. Pero fue ese libro literario -y no un libro de historia de los que muchas veces utilizó para sus tareas- el que la llevó a contarnos cómo sufrió en su infancia los golpes de la dictadura militar paraguaya, que afectó directamente a su familia. Por primera vez nos relató escenas de pesadilla, e identificó que allí mismo se truncó su sueño de ser maestra, por la alteración total de la vida social que la dictadura provocó en su familia.

(Transcribo de un registro)

*“Vicky: empleada municipal de la que podrían aprender a trabajar muchos funcionarios con títulos universitarios. Celadora de uno de los micros que lleva pibes de Carrillo a escuelas fuera del barrio por la falta de vacantes.*

*Su función-si trabajara “a reglamento” como muchos se preocupan en verificar-es organizar y cuidar a los chicos que viajan en el micro. Tomar lista, poner cinturones de seguridad, ayudarlos a subir y a bajar del micro, ver que entren en la escuela. “Cuidarlos” en líneas generales. El nombre de su rol-celadora-habla de eso, ¿no?*

*Hace años que la maestra que anida en ella aflora más allá de sus funciones laborales. Y las amplía, las reinventa, las enriquece. Porque una de las cosas que por iniciativa propia sumó a sus responsabilidades, es llevar libros de nuestra biblioteca a los chicos que viajan en su micro. Cualquiera mañana aparece con un montón de papelitos que piden (copio literalmente algunos pedidos): “libros de chistes que te hagan reír hasta los pies”, “sobre las viviendas de los tobas”, “libros de bromas o de barcos”, “de perros, cuentos de la biblia, o para cocinar comidas y postres”.*

*Entonces uno por uno tratamos de responder a esos pedidos. Y ahí se va, con una pila de libros y revistas. Y vuelve en unos días a devolver esos libros y pedir otros”.*

Estas son algunas de las cosas que pasan en nuestra biblioteca. Y que nos lleva a desear que hubiera una biblioteca de brazos abiertos, de libros abiertos, en cada rincón de la ciudad, del país, del continente, del mundo.

Marinés